

EL NORTE.

SEMANARIO DE EDUCACION, MORAL, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

SUSCRICION EN MADRID.

Un mes	4 rs.
Tres	10
Seis	18
Un año	34

PUNTOS DE SUSCRICION.

En las librerías de Montén, Carrera de S. Gerónimo, los dos Amigos, Galería de S. Felipe Neri; Bailly-Baillere, calle del Príncipe; Cuesta, calle Mayor, y en la Administración del periódico, calle de S. Millán, 4.—peal.

En provincias, en las principales librerías, ó librando por correos el importe de un trimestre, en cuyo caso los suscritores disfrutarán las mismas ventajas que los de Madrid. No se admite correspondencia que no venga franca.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes	5 rs.
Tres	13
Seis	24
Un año	46

ADVERTENCIA.

SUPLEMENTO AL NORTE.

Siendo nuestro objeto ser útiles á todas las clases de la sociedad segun anunciamos en nuestro prospecto, y no pudiendo sernos indiferente la suerte de los profesores de instruccion pública, hemos concebido la idea de añadir á nuestro periódico una seccion que trate exclusivamente de los intereses de estos funcionarios y se dirija con especialidad al engrandecimiento de la «Sociedad de socorros mútuos entre profesores de instruccion pública» á la cual pueden

pertenecer no solo los profesores sino tambien los que no lo sean, siempre que reunan las circunstancias marcadas en sus estatutos. Esta asociacion benéfica tiene por objeto asegurar pensiones á los individuos que la formen y se inutilicen para el ejercicio de su profesion, y á sus viudas, hijos ó padres; asi como tambien jubilaciones á los sódicos septuagenarios. Actualmente socorre á dos sódicos inutilizados y á las viudas y huérfanos de otros 54.

Tan filantrópica y útil institucion no podia menos de escitar nuestro interés; en su obsequio, y tan pronto como tuvimos noticia de ella, resolvimos consagrarle una seccion en nuestras colum-



nas; pero habiendo tropezado para ello con obstáculos que no podian allanarse por ahora, nos ha sido preciso determinarnos á publicar provisionalmente un suplemento por separado, hasta que vencidas las dificultades que actualmente nos impiden, podamos elegirle en nuestras columnas. Saldrá el suplemento dos veces al mes, sin día fijo, y constará de un pliego de impresion en 4.º ordinario.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID. Tres meses ó sean seis números, 6 rs. Seis, ó doce números, 10 rs. Un año, 18 rs.
EN PROVINCIAS. Tres meses 7 rs. Seis id. 12. Un año 22.

Los suscritores á *El Norte*, que lo sean por año, obtendrán el suplemento con la rebaja de un real por cada trimestre.

NUESTRA MISION.

I.

¿Existe un principio de moral absoluto?

La mision de este semanario es conocida ya; á pesar de esto queremos formularla nuevamente para que nuestros lectores tengan una idea cierta de lo que nos proponemos.

Nuestro objeto es moralizar é instruir. Pero es preciso, indispensable, que estemos acordes con nuestros suscritores en qué es la moral y qué es la instruccion.

Parece á primera vista, que, desde luego estaremos acordes con todo el mundo sobre lo que es la moral y la instruccion; sin embargo nosotros distamos muchísimo de creerlo así, porque tanto en moral como en instruccion tantos son los hombres cuantos son los pareceres.

Preguntad á un ateo, á un deista, á un protestante, á un católico, á un mulsuman, á un... y cada uno os contestará á su manera; segun la educacion que han recibido los hombres, tienen las ideas, y nosotros por consiguiente tenemos como todos los demas nuestro concepto formado sobre la moral y la instruccion.

Despues de haber examinado las opiniones de los demas sobre esta materia, nosotros nos hemos preguntado qué es moral, y cual es la verdadera instruccion. Y divagando por en medio de un sin fin de doctrinas creemos haber hallado algo de cierto sobre tan importante materia.

Desde luego nos hemos separado de todo sistema, aislándonos en nosotros mismos, y hemos dicho: para el bien y el mal debe existir una regla fija, independiente de las edades y de las costumbres de la Humanidad, porque si así no fuera, no habria una moral absoluta sino relativa, relativa no solamente á las diversas religiones, si que tambien á los pueblos, á las razas, á los climas, relativa hasta á los individuos y aun á sus diversas edades. De manera que entonces no fuera ya la moral un cuerpo de principios, una doctrina, sino una manera particular de sentir la justicia y la injusticia y por consiguiente diferente en cada uno de los individuos.

Y la moral no puede ser así, y no es así, porque todos los hombres sienten que hay

un principio general y dominante en la Humanidad.—Si no fuera así no hubiera podido formarse códigos ni convenciones.

¿Sobre qué principios hubieran descansado las leyes?—Justas ó injustas, siempre las leyes han pretendido tener el carácter de morales.

El sin fin de religiones que han impuesto creencias á los hombres ¿en qué nombre han hablado? ¿en qué principio fundaban su autoridad? En la moral.

Los guerreros y conquistadores á pesar de apoyar su derecho en la fuerza ¿qué razones alegaban después de la conquista? Nunca decían: debéis obedecer mis leyes, porque yo tengo la fuerza, sino porque ellas son justas.

De manera, que todos los hombres y en todas las edades de la Humanidad se ha reconocido un principio, una regla, á la cual debían sujetarse las acciones humanas.

Este principio es un principio moral.

Nosotros lo consideramos independiente de todas las edades y de todos los pueblos.

1. Pero cuál es este principio: ó en otros términos. Cuál es la moral absoluta?

II.

¿Cuál es el principio absoluto de la moral?

Todos los hombres saben cuando obran el bien y el mal; pero lo saben de una manera relativa: porque el bien y el mal hasta ahora han sido siempre relativos á las personas que lo han obrado.

Por ejemplo: Juan y Pedro son consultados por un amigo común sobre un mismo hecho que tiene relación con la moral, supongamos que este hecho sea un acto de adulterio; Juan dirá á su amigo abandona á tu esposa adúltera; Pedro lo contrario, vive con ella y procura reformarla. Juan y Pedro habrán obrado bien,

porque cada uno habrá dado su consejo según lo que le ha dictado la conciencia.

Estas contradicciones de la conciencia, prueban que no está reconocido un principio absoluto en moral, y que el bien y el mal son relativos. Y nosotros buscamos un principio absoluto en moralidad tan claro y evidente como el *dos y dos son cuatro* de las matemáticas.

En efecto, si este principio fuese reconocido universalmente, no habría lugar para discurrir sobre esta materia; porque obedeceríamos á sus mandatos, como obedecemos á los instintos.

La razón de estar oculto este principio, es la razón del progreso (por qué cuatro siglos atrás los hombres no estaban tan adelantados como ahora y por qué ahora no estamos tan adelantados como lo seremos de aquí á cuatro siglos? O en otros términos; por qué el niño no nace hombre?

Nosotros no sabemos sobre esta materia otra cosa, sino que existe una ley de progreso, á ella obedece el hombre, y hoy declara injusto lo que ayer todos creían ser justo.

Mucho sabemos; puesto que sabemos que progresamos. Y esta ley universal que domina por todas partes ¿quién sabe á donde debe conducir la Humanidad?

Entre tanto sabemos que progresamos. Ahora bien, el progreso está admitido sino como la perfección misma, á lo menos como un medio para llegar á la perfección. ¿En qué hacemos consistir la perfección moral? Por ahora podemos evitar esta cuestión, porque si decíamos que la perfección de la sociedad consiste en la aplicación de un principio determinado y este principio hubiese conmovido el mundo, provocaríamos sin quererlo polémicas tal vez desagradables que en este momento queremos evitar; y por otra parte no ha llegado todavía la ocasión de esponerlo: á su turno lo discu-

tiremos y espondremos. El progreso sabemos que es un medio de perfeccion; esto basta por ahora, y como está universalmente admitido, nos evitaremos el trabajo de probarlo.

¿Qué condiciones sociales exige el progreso? La libertad ó libre exámen y la asociacion.

Un estado tiranizado no progresa; porque no gozando los hombres del derecho de examinar libremente todas las cuestiones, no pueden adelantar sino con suma dificultad.

Así como el crecimiento ó progreso del niño es el resultado de las funciones ó trabajo de todos los órganos que constituyen su cuerpo, asimismo el progreso en la Humanidad es el resultado de los trabajos corporales é intelectuales de todos los hombres; y de la misma manera que el niño que atravesando las edades de la infancia y de la adolescencia llega á la virilidad y edad madura, la Humanidad tambien saldrá de su infancia y alcanzará la edad viril.

De modo, que siendo el progreso el resultado total de las funciones de un sér inteligente ó de una reunion de hombres constituidos en sociedad, es necesario el mútuo y armónico concurso de todas las individualidades que constituyen este ser ó esta corporacion: es necesario, pues, que haya asociacion, que esta no encuentre obstáculos, al contrario, es preciso que halle alicientes, para que sea mas fácil de realizarse, y realizada, necesita una libertad amplia y acomodada al objeto de la misma asociacion; porque, de otra manera, no podría existir, porque no podría desarrollarse.—El desarrollo es la vida, fuera del desarrollo no hay mas que la muerte. Privada á un niño de crecer y no podreis obtenerlo sino matándole.

Ahora bien; para efectuarse una asociacion sea de la clase que sea, es necesario,

que, entre los miembros asociados, haya comunidad de objeto, y comunidad de medios, sin cuyas condiciones no puede existir la asociacion, sino la anarquía. Si cien hombres se asocian para explotar cien fanegas de tierra, es preciso que todos tengan por objeto el hacerla producir las cosas necesarias á la vida, es preciso tambien que cada uno tenga los útiles y los conocimientos necesarios para ejecutar sus trabajos respectivos, y además es preciso que estos cien individuos se quieran bien, de lo contrario no puede haber sociedad entre ellos, sino guerra y desórdenes: porque faltando esta *bienquerencia* no habrá confianza y se temerá que el objeto de la asociacion deje de obtenerse.

No solo, pues, es indispensable que entre los asociados haya comunidad de objeto y de medios, sino que es preciso tambien que los asociados se *quieran* y sepan como deben desempeñar sus funciones respectivas entre sí, es decir, que, además de la parte material de la empresa, es necesaria una parte incorpórea ó moral, el AMOR entre los asociados, y la INTELIGENCIA.

Reasumiendo, y mirando al progreso por su parte imperativa, quedan establecidos tres mandamientos, que obligan á todos los hombres, á saber:

TRABAJA, ESTUDIA, AMA.

De manera que el progreso exige el *amor*, ó en otros términos; el *amor* es una condicion esencial del progreso. Por esta parte queda sentado, pues, que el *amor* es un principio de moralidad, porque el amor, establecido como principio general, es la realizacion del bien.

Mirando la cuestion por otra de las dos faces que presenta, nos hallamos frente á frente con lo que se llama conciencia en materia de moralidad.

A pesar de las contradicciones de la conciencia ó apesar de no manifestarse la conciencia de una manera absoluta en la multiplicidad de cuestiones morales que debe decidir cotidianamente, nosotros hemos observado, que tiene por base, lo mismo que el progreso, un principio moral, que conviene indagar si es ó no absoluto.

La conciencia se manifiesta á cada uno de los hombres, y estas manifestaciones, tomadas de una manera colectiva, son afirmativas ó negativas.

Afirmativas.—Yo debo conservarme; yo debo perfeccionarme; yo debo hacer bien á los demas.

Negativas.—Yo no debo matar; yo no debo practicar el mal.

Cuando se aplican estas manifestaciones generales cada individuo lo hace segun sus convicciones; por consiguiente no son efecto de la misma conciencia las contradicciones en las acciones y consejo de los hombres, sino de la ignorancia y de las preocupaciones ó falsedad de conocimientos.

Las manifestaciones de la conciencia hacen relacion al individuo y á la especie: para el individuo el precepto de la conciencia dice: *consérvate, perfeccionate, esto es, ámate*: para la especie, el mandamiento de la conciencia es el siguiente: *no hagas mal á nadie, haz bien á todos, esto es, ama á los hombres.*

Por manera, que, el *progreso* ó la ley general de la Humanidad, y la conciencia, ó la ley particular del individuo, para las acciones de moralidad, tienen un mismo principio, ó se espresan por un mismo mandamiento á saber.

AMA.

Para saber si el *amor*, formulado como precepto, es un principio absoluto en moral, debemos inquirir si su aplicacion completa en la universidad de casos de concien-

cia, procura el bien y evita el mal: lo cual creemos que para nadie será dudoso. Porque hasta los individuos los mas ignorantes que están dotados de lo que llamamos *benevolencia*, obran casi siempre el bien; decimos *casi* siempre, porque algunas veces obran el mal á sabiendas. Mas no es efecto del principio absoluto de moralidad, sino por causas estrañas que contrarian en los individuos del principio absoluto.

Para ilustrar este punto es necesario desarrollar el principio absoluto hasta la última consecuencia y ver que condiciones sociales exige su aplicacion.

Mas como nos hemos estendido demasiado en este artículo, reservamos para otra ocasion esplanar mas esta materia.

CORNEILLE.

Nació en Rouen el 6 de junio de 1606. Su padre, administrador de aguas y bosques del vizcondado de Rouen, habia obtenido títulos de nobleza del rey Luis XIII, en recompensa de sus buenos y leales servicios. Su madre se llamaba Marta le Pesant. Habitaban lejos del barrio industrial; una casa situada en la calle de la Urraca, número 4, parroquia de San Salvador, con bastantes habitaciones, pozo, patio y cuadra. Esta finca ha sido restaurada hasta el punto de estar desconocida, habiendo desprendido la puerta que se condujo al museo de antigüedades de Rouen; pero la fachada subsiste adornada de una lápida de mármol negro en la que se lee esta inscripcion grabada en letras de oro: *Aquí nació Pedro Corneille el 9 de Junio de 1606.*

Habiéndose puesto en duda la exactitud de esta fecha, se practicaron investigaciones en 1828 por la Academia de ciencias

bellas letras y artes de Rouen, y se reconoció haber confundido el día en que fué bautizado Pedro Corneille, con el de su nacimiento. Tomás Corneille hermano de Pedro, dice en el artículo *Rouen de su Diccionario universal geográfico é histórico*: «La misma ciudad de Rouen ha sido patria del famoso Pedro Corneille que nació el 6 de junio de 1606.» Por otra parte los registros públicos del estado civil de la expresada ciudad hacen la mención siguiente: «El 9 de junio de 1606 fué bautizado Pedro hijo de maese Pedro Corneille, siendo su padrino maese Pedro le Pesant, secretario del rey y la madrina Bárbara Houel.

Destinado al foro Pedro Corneille, hizo sus estudios en el Colegio de Rouen, dirigido entonces por los jesuitas los cuales formaban buenos discípulos, á quienes ejercitaban en la composición de versos latinos ó franceses que declamaban en público. Nunca tenia lugar la distribución anual de premios, sin que se representase alguna pieza, comedia ó tragedia fruto de los desvelos de un profesor. Sin duda en éstos ejercicios tomó Corneille gusto al teatro, y apenas tenia veinte años cuando concluyó *Mélita ó las Cartas supuestas*. El éxito que obtuvo le decidió á renunciar á la curia y á pasar á París, donde se alistó desde luego en la cohorte poética que trabajaba á las órdenes del cardenal de Richelieu. Sus colegas eran Claudio de l' Etoile, Francisco Metel de Boisrobert, Rotrou y Guillermo Colletet. Sus primeras obras bastaron para establecer la superioridad que sobre ellos tenia, y el *Cid* representado en 1646, le hizo aventajar á todos los poetas dramáticos que le habían precedido.

Poco tiempo después casó Corneille con Maria de Lamperiere hija del teniente general des Andelys: Le habian negado su mano cuando se presentó un día al cardenal

de Richelieu quien le preguntó si seguia componiendo. «No, contestó Corneille, me falta la tranquilidad necesaria para ello. El amor me ha trastornado la cabeza.» El ministro interrogó al poeta, y envió á París á buscar á Mr. de Lamperiere, que llegó apresurado ignorando de que se trataba. Se escusó de la repulsa dada á Corneille, manifestando que siendo este de nobleza reciente distaba por su profesion de la posición que ocupaba una familia cuyo jefe representaba en un importante distrito al gobernador general de Normandía. Sin embargo, á pesar de su orgullo aristocrático, se conceptuó dichoso, aceptando por yerno á un hombre que tenia tanto crédito.

El día de sus bodas estuvo Corneille enfermo de tal gravedad, que circuló por París la noticia de su muerte. Dos epigramas latinos de Gil Menage, compuesto el uno á su muerte y á su resurrección el otro, han quedado como memoria de tan funesto accidente.

Horacio Cinna. Polyucto, acrecieron la reputación de Corneille y le valieron el sobrenombre del *Grande*. Por una carta que Luis XIV le dirigió en 1645, se vé que estaba muy bien quisto en la corte, y el mismo monarca le comisionó para hacer las inscripciones de los grabados de Valdor, representando los hechos mas notables de Luis XIII.

En 1647, Pedro Corneille fué admitido en la Academia francesa en reemplazo de Francisco Maynard. En 1650, le vemos bruscamente arrebatado á la poesia para ser llamado al puesto de procurador síndico de los estados de Normandía, que desempeñaba el abogado Baudry, que siendo muy adicto al duque de Longueville, parecia peligroso lo desempeñase. Corneille no conservó mucho tiempo este destino y volvió á París, donde escribió *Nicomedes*. El año siguiente (1653), después del mal resultado

que obtuvo *Perthaste*, renunció del todo al teatro para dedicarse á una traducción en verso de la *Imitación de Jesucristo*. Empleó seis años en esta piadosa ocupación; pero en 1659 el Superintendente Fouquet le decidió á escribir el *Edipo*, cuyo éxito hizo volver al viejo poeta á sus trabajos dramáticos. Sin embargo, á la edad de sesenta y ocho años: en 1674, se despidió del público con *Surena*.

«Cedo el puesto, decía, la poesía y mis dientes se marchan al propio tiempo.

Desde esta época Pedro Corneille dejó de concurrir al hotel de Borgoña, y no apareció en él mas que una vez, en 1676 durante una representación. Al verle los actores se interrumpieron, los príncipes de Condé y Conti se levantaron para saludarle y todos los espectadores les imitaron palmoteando. Las aclamaciones se repitieron en todos los entreactos.

A pesar del respecto que se le tributaba, Corneille (triste es decirlo), pasó sus últimos años en un estado de desnudez. No tenía mas que un par de zapatos, y cuando los hacía componer en casa de un zapatero de viejo de la calle de la Huchette, se veía precisado á esperar descalzo en la tienda. Instruido de esta penuria por el Padre Lachaise Luis XIV, envió 200 lises al poeta que tenía la desgracia de sobrevivir á su talento.

Pedro Corneille murió el domingo 1.º de octubre de 1685 á la edad de 78 años y tres meses. Su muerte ni aumentó ni disminuyó su gloria: ya hacía tiempo que le llamaban el gran Corneille. Fué sepultado en San Roque, y en 1821 se colocó bajo el órgano un sepulcro con su efigie.

Los retratos de Corneille dibujados por sus contemporáneos tienen tanta analogía entre sí que es imposible dudar de su exactitud. Su sobrino Fontenelle le describe de este modo: Corneille era bastante alto y

grueso, de aspecto sencillo y muy común; siempre descuidado y poco curioso en su exterior. Era de agradable y animada fisonomía, nariz grande, boca hermosa, los ojos llenos de fuego y las facciones muy pronunciadas y á propósito para ser transmitidas á la posteridad por medio de una medalla ó un busto. Su pronunciación no era muy clara: leía sus versos con fuerza pero sin gracia.

Conocía las bellas letras, la historia y la política pero en la parte que tienen relación con el teatro. No tenía afición por los demás conocimientos ni hacia de ellos aprecio alguno: hablaba poco, aun sobre la materia que comprendía también. No usaba de galas oratorias; para encontrar al gran Corneille es preciso leerle.

Pedro Corneille vivía con su hermano menor Tomás en la mas dulce intimidad. Sus mujeres eran hermanas y las dos familias habitaban juntas, sin que las dividiera el interés, y solo á la muerte de Pedro se trató de repartir los bienes de las señoritas Lamperiere. Los dos hermanos dedicados á los mismos trabajos se consultaban recíprocamente. Pedro era un talento superior Tomás componía con mas facilidad. Cuéntase que el primero levantaba de vez en cuando una trampa practicada en el suelo y gritaba á su hermano: Tomás, dame un consonante. Y Tomás se lo daba inmediatamente.

Corneille tuvo tres hijos; el mayor llegó á ser gentil hombre ordinario del rey. El segundo teniente de caballería fue muerto en el sitio de Grave en 1671. El tercero abrazó el estado eclesiástico y fue nombrado en 1680, Abad de Aiguevive en Turena.

Los últimos descendientes de Pedro Corneille asistían el 19 de octubre de 1834 á la inauguración de una estatua que le dedicaba la ciudad de Rouen, justo homenaje debido al genio de este hombre inmortal.

De un poema titulado: LA REDENCION,
 extraclamos las siguientes octavas.

A la voz del señor omnipotente
 Difúndese la luz, los orbes giran,
 Elevan al mar las aguas su corriente
 Y en el bosque los céfiros suspiran.
 El hombre nace al fin; alza la frente,
 Y al contemplar cuanto sus ojos miran,
 La ley que branta que su Dios le ordena
 Y á esclavitud horrible se condena.

I.

De su gloria inefable circundado
 Lleno de magestad Dios existía
 Gozándose en su ser embriagado
 Desde el principio del eterno día:
 Con el verbo y espíritu sagrado
 Su esencia misteriosa dividía,
 Aunque cada persona diferente
 Quedando un solo Dios omnipotente.

II.

Hizo escuchar su creador acento
 Y súbito se alzaron de la nada
 La luz y el anchuroso firmamento,
 La tierra en aguas por do quier bañada,
 Hasta que á un soplo del divino aliento
 Fué la mar de sus límites cercada,
 Apareciendo en el tercero día
 Los llanos y los montes que cubría.

III.

Y dióle un sol ardiente por lumbrera
 Que con sus vivos rayos la fecunda,
 Y á la luna le dió por compañera
 Con su luz argentada y moribunda.
 De aves pobló la dilatada esfera,
 Y en las entrañas de la mar profunda
 Crió los peces que en su centro habitan
 Y entre las ondas sin cesar se agitan.

IV.

Y de árboles frondosos y sombríos
 Cubierta la aridez, el verde prado
 Su curso abriendo á los serenos ríos
 Quedó de bellas flores malizado;
 Y entre sus bosques plácidos y umbrios

Aspiraba su aroma regalado
 Variedad numerosa de animales
 En noble instinto y mansedumbre iguales,

V.

Y ángeles mil el trono rodeaban
 Del señor, alegrando su presencia;
 Y al ver las maravillas que brotaban
 Del seno de su grande omnipotencia,
 En cánticos de júbilo entonaban
 Gloria á la celestial magnificencia,
 Acompañando á Dios en su contento
 Siempre que á un nnevo serdaba su aliento.

VI.

Y despues que el señor con sabia mano.
 Señaló á cada especie su atributo;
 Despues que á su precepto soberano
 Semilla dió la flor y el árbol fruto,
 Y que al réptil y al misero gusano,
 Y al ave, al pez y al corpulento bruto
 Dotó de facultad germinadora
 Para llenar la tierra donde mora.

VII.

¡Dijo: hagamos un ser cuyo semblante
 Respeto inspire y magestad ostente,
 De alma inmortal que al cielo se levante,
 Donde el amor de la virtud aliente;
 Y la lumbrere del astro rutilante
 Brille tranquila en su elevada frente;
 Y tierra y mar en su dominio vea,
 Y que su imagen nuestra imagen sea.

VIII.

Dijo: y tomando tierra humedecida
 Formas le dió de espléndida hermosura;
 Y para ver su voluntad cumplida
 Y dar aliento á su celeste hechura,
 Alma inmortal y espíritu de vida
 Infundió en su perfecta criatura;
 Y mostrando á la luz el primer hombre
 Llamóle Adam de su materia el nombre (1).

(1) Fué, pues formado el cuerpo del primer hombre de una tierra roja, cuyo color tenia alguna relacion con la carne, que esto es lo que en hebreo significa el nombre de **ADAM**. Scío. not. al Gen. Cap. II v. 7.

IX.

Y era gallardo y de gentil presencia
Llena de noble orgullo y bizarria,
Severo el rostro, clara inteligencia,
Del vigor juvenil su lozania;
Su aire de magestad é independencia,
Negro el cabello que su sien cubria,
Fijo el mirar, pausado el movimiento,
Simpática la voz, grave el acento.

X.

Y Dios, que en sus deleites se gozaba,
Su infinita bondad mostrarle quiso,
Y en prueba del amor que le inspiraba
Dióle para habitar el paraíso,
Eden dichoso en que el abril reinaba,
Donde Adam trasladado de improviso
El inmenso placer gozar pudiera
Que le brindaba la creación entera.

XI.

Fija en el suelo la segura planta,
La vista errante al horizonte estiende,
Con el aroma de la flor se encanta
Y el trinar de las aves le suspende
Y al ver en derredor belleza tanta
A Dios conoce y su poder comprende,
Y por primera vez puesto de hinojos
Llantó de gratitud brotan sus ojos.

XII.

Y penetrando luego en la espesura
Con su sonora voz el bosque llena;
Siente la brisa perfumada y pura
Agitar en sus hombros la melena;
Y al escuchar la fuente que murmura
Sobre su lecho de argentada arena,
Se para á contemplarse en su corriente
Y el pie baña en la linfa transparente.

XIII.

Y al ver allí las formas varoniles
Rebosa de sus ojos el contento;
Y ya con ademanes infantiles,
Ya con grave y pausado movimiento
El vigor de sus fuerzas juveniles
Prueba con entusiasmo y ardimiento,

Y enturbiando las aguas se pasea,
Y en agitar sus miembros se recrea.

XIV.

Llega después tranquilo y sosegado
Al valle que de nuevo le convida,
Donde aspira el aroma regalado
De la temprana flor para él nacida;
Y escucha al ruiseñor enamorado
En la rama del céfiro mecida,
Y hasta el arroyo con su lengua muda
En su murmullo blando le saluda.

XV.

Y al mirar sus contornos en la sombra
Su indómita altivez se satisface;
Y del prado al pisar la verde alfombra
Siente bajo su pie la flor que nace.
Salta, y el cervatillo no se asombra
Que tranquilo á sus pies la yerba pace,
Y el tigre á saludarlo se levanta,
Y sumiso el leon lame su planta

XVI.

Mas ya, del movimiento fatigado
Y á la divina voluntad rendido,
De grata languidez embriagado
Y de dulce sopor sobre cojido,
En la menuda yerba reclinado
A la sombra de un álamo florido
Sintió pesar el plácido beleño
Sobre sus ojos, y entregóse al sueño.

JOSE GUTIERREZ DE ALBA.

CAPITAN Y CONDE HECHO AL VAPOR.

Pablo I, emperador de Rusia tenia la mania de dirigir á los oficiales las preguntas mas extravagantes, lo cual probaba tan solo su excesiva hilaridad, á las que era imposible responder con seriedad: mucho menos con exactitud.

Hubo en uno de sus regimientos de la Guardia varios oficiales que en distintas

ocasiones quedaron cortados con tales interrogatorios y desde aquel tiempo dió el emperador en decir que los ya indicados servian en el de no se qué.

Pasando un dia á caballo por un puente de San Petersburgo vió Pablo I un oficial que se paró y le saludó con profundo respecto. Reconoció al punto el Emperador el uniforme y dijo á los que le acompañaban: «ese es del regimiento de no lo sé.»

El oficial sin disputa debió oírle, porque al terminar de pronunciar aquellas palabras le contestó lleno de resolucion:

—Señor, yo lo se todo.

—Ojalá con que lo sabeis todo.... Ahora vamos á verlo ¿cuántos clavos han sido menester para fijar las maderas de este puente?

—Voy á decirlo, repuso sin titubear el descarado oficial cincuenta y tres millones novecientos setenta y ocho mil seiscientos dos.

—Vamos! no me disgusta la exactitud ¿y cuántos peces hay en las aguas del Neva, desde este mismo puente hasta Cronstadt?

—Señor, seiscientos cuarenta y dos millones, ochocientos y un millones cuatrocientos treinta y dos mil trescientos setenta sin contar las ciento trece crias que están naciendo en este momento.

—Es eso bien cierto, repuso el Monarca aparentando una indiferencia que no podia sostener.

—Si no lo fuera no me atreveria á asegurarlo á V. M., contestó el muy ladino del oficial, mirando de reojo al monarca y frotándose las manos con pasmosa frialdad.

Así debe ser, me gusta que se conteste á todas mis preguntas; y despues de una breve pausa siguió de esta manera: porque á un buen oficial no le es permitido ignorar nada.

Ciertamente ¿y es lícito al emperador? se apresuró á pronunciar el oficial.

—Tampoco, por eso se sabe salir siempre del paso.

—Me permitirá V. M. que yo le haga ahora una pregunta?

—Hablad articuló secamente el monarca.

—¿Cómo me llamo yo?

—El conde de Balowski.

—Perfectamente ¿y cuál es mi graduacion? El oficial en este instante cubrió con su sobretodo las insignias que indicaban su clase.

—Capitan.

—Señor os doy mil gracias; hasta ahora no era yo mas que el teniente Krasanow: pero merced á la infalible ciencia de V. M. me encuentro ya medrado con el grado de capitan y el título de conde.

Una atronadora carcajada fué la única contestacion que mereció nuestro héroe á sus últimas frases, carcajada que llegando hasta los oídos del teniente le probó que el monarca marchaba contento y satisfecho de su exactitud.

Pocos dias despues recibió nuestro teniente de manos del monarca su despacho de capitan y el título de conde.

J. DALMAU.

PARTE LITERARIA.

LUCCIOLA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS,

POR

ENRIQUE DE LACRETELLE.

(Continuacion.)

IV.

Cuando Lucciola se halló fuera del alcance de Roncari, se arrepintió de la semi-confesion que habia hecho á Nestor: esta

habia salido sin duda de su corazon, ¿pero no hubiera sido mas digno de ella, contenerla y callar? La espresiva fisonomia del jóven, la espresion franca y espontánea de la pasion que le habia inspirado y que Nestor habia manifestado con la franqueza de un corazon puro, la habian arrastrado contra su voluntad: ¿pero no estaba consagrada á una austera mision, y no debia desechar el amor de su fantasia? Su padre el proscripto y sus abuelos los Dux aprobarian que la última de los Fabianni se enamorase tan sueltamente de un extranjero del cual ignoraba hasta el nombre y que le sacrificase asi la augusta mision de restablecer su casa? Se arrepentia pero amaba y estaba todavia conmovida por los recuerdos de esta noche de expansion y de confianzas en la que los astros del cielo habian sido invocados por su jóven amante como testigos de su juramento y además pensaba con un invencible terror en los peligros que paraban á Nestor en la isla de Torcello.

Lucciola sabia que existia hacia muchos años en Venecia, una formidable asociacion por la que la policia austriaca era ciega ó que no habia querido combatir. Muchos hijos de familia habian reunido lo que les quedaba de sus patrimonios; y sin tener al principio otras razones que las de un desaliento político, habian formado una sociedad cuyo único objeto era el placer y la disolucion. Embarcados animando los desiertos canales con una fiesta eterna se llamó por una cinta negra que llevaban en la cintura los gondoleros negros. Se presentaban coronados de flores insultando con su lujo y aturdiendo con sus clamores, de pie en sus barcas con la frente erguida y la sonrisa en los labios. Parodiaban las antiguas costumbres y esplendor de su patria esclavizada. Con su juventud brillante y pródiga, habian atraido mujeres que tenian en sus venas la sangre de las cortesanas fabulosas de la Venecia de

otro tiempo. Sin embargo, todo este oro se habia ido sepultando poco á poco en el mar; y era preciso encontrarlo y continuar esta vida escandalosamente disipada. Entonces Roncari el aventurero hijo de las lagunas se ofreció á la compañía de los gondoleros negros.

La decadencia poética de Venecia atraia sin cesar curiosos de todas partes que venian á contemplar laagonia de la Real condenada. ¿Entre ellas no seria facil encontrar algunos que sacrificarian una parte de su fortuna á placeres admirablemente combinados? Se los encontró, y la asociacion de la que Roncari habia llegado á ser el jefe, consumió nuevos patrimonios llegados del extranjero. El gobierno tenia espiones en la sociedad de los gondoleros? El pueblo lo decia: pero el pueblo lo toleraba, como toleran todas las maldades que hacen circular el oro. Los gondoleros negros recorrían todas las noches los canales y variaban sus pretextos para atraer asi los viajeros que podian seducir. Enlazaban sus victimas de tal manera que no las volvian la libertad hasta haberlas asesinado. Se decia que algunos jóvenes habian muerto en medio de los festines y se añadia que los que habian intentado sacudir el yugo, y para castigarlos de su rebelion se les habia muerto por medio del placer. Lucciola lo sabia.— Y remando en alta mar, donde la brisa refresca su frente enardecida, murmuraba si el noble jóven se perderá, si le dejó con tales bandidos. El es el primero que ha comprendido que mi abnegacion filial era respetable y sincera cuando me declaraba su amor. Acaso habrán tenido bastante tiempo para pervertir su corazon y ya no tendrá la ciega confianza que tenia en las palabras de la errante hija de las lagunas. Entonces sepultaré mi fantasia; pero le haré ver el abismo en que rá á caer y le salvaré, aun cuando debiese mo-

rir despues, infiel al juramento que ha hecho á mi padre.

La Gubia volaba hácia la isla de Torcello. Temblando de miedo pero tambien de amor. Lucciola puso el pie en la ribera. El palacio de los gondoleros negros, situado á cien pasos de la mar brillaba con su fiesta todas las noches. Un eco de palabras confusas, el choque de los vasos y de las canciones interrumpidas, vagas emanaciones de los vinos, de los perfumes y de las flores, salian por las abiertas ventanas. Antes de traspasar el dintel de esta morada maldita la jóven encomendó su alma á Dios. Se presenta en la puerta; los criados ocupados en el primer servicio, no fijaron alpronto suatencion en ella; pero habiéndola reconocido la hecharon gritando: la local la local! Lágrimas, súplicas, todo en vano, viendo que se la rechazaba iba á llamar á Nestor con el acento de la desesperacion, cuando se dejó oír el ruido de unas espadas. Palpitante y como si cada uno de los golpes, respondiese en su corazon, cayó de rodillas. El combate no fue largo. Una nueva cancion en la sala del festin y Roncari salió á la puerta con un herido en sus brazos.

Hé aquí lo que habia pasado.

Nestor, sentado á la mesa al lado de la Gattinara, respiraba dos fuegos á la vez, el del vino de púrpura que corria en su vaso y el de las ardientes miradas que le acariciaban en los encantadores ojos de la cortesana. Los convidados eran jóvenes y bellos; las palabras ligeras ahundaban como el cristal, el oro y la porcelana de China, esparcidos con profusion. La franqueza que sonrie al bebedor, hacia á cada uno fácil su parte de alegria. De tiempo en tiempo, en los raros intervalos de las carcajadas y de las canciones, la mar enviaba á la fiesta los suspiros sonoros de sus olas armoniosas. La noche estrellada y serena sonreia

en sus ventanas, mil arómas mezclados arrobaban los sueños éfimeros de estos pensamientos que se producen en palabras ligeras y chistosas con la espuma de los vinos. Una fresca brisa hacia oscilar la luz de las perfumadas bugías al reflejarse en las desnudas espaldas. Todas las mujeres eran hermosas pero Nestor poseía la reina de la belleza; todos los chistes eran bellos pero los de Nestor tenian una forma particular.

—Despues de todo se decía á si mismo en el pasajero rayo de su estraviada razon, es una noche encantadora: hé aquí á Venecia tal como yo la creia en mis sueños y tal como la creia imposible, hace algunas horas, en el envejecido palacio. Vivan las horas que caen del reloj de S. Marcos, vivan las ciudades que pierden su independencia en medio de los festines! Viva, oh Gattinara tu alegria que me ilumina! Viva la belleza, puesto que ella me pertenece!

—Caballero eso por ver, interrumpió uno de los vecinos de Nestor.

Se apercibió entonces este de que habia pensado demasiado alto y dirigió una provocativa mirada á su interlocutor que tenia unos fieros mostachos y una mirada imponente.

—Vamos! exclamó Roncari, ¿volveis á empezar vuestra interminable querrela marqués? Sabeis muy bien que Gattinara no os ha querido nunca; y creo que nadie me podrá impedir que la ceda á quien me parezca. El caballero francés es mi huésped, y prohibo que se le incomode.

Entonces repuso el supuesto marqués, su insolencia puede ponerse á cubierto bajo vuestra proteccion é insultarme tomando por su amante una mujer que quiero.

—No hay mas insolente aquí gritó Nestor lebandándose con impetu, que el que me provoca atreviéndose á dudar de su

valor. Veamos el suyo. Al decir esto corre á un trofeo de armas suspendido en la muralla; coge una espada y arroja otra á los pies de su rival.

—Imprudente! dijo Roncari arrimándose á Nestor, el duelo se castiga con la muerte en Venecia y si teneis la desgracia de herir á ese hidalgo, os vereis precisados á permanecer entre nosotros mas tiempo tal vez del que vuestros negocios lo permitan.

—Y bien! replicó Nestor con entusiasmo, la perspectiva no es tan espantosa. ¡En guardia! señor marqués y acordaos que Gattinara está en la punta de nuestras espadas.

Los aceros se cruzaron. Durante unos minutos las espadas trazaron un círculo de fuego al resplandor de las luces. Mas la ventaja estaba de parte de Nestor; hizo retroceder al marqués y le clavó á la pared atravesándole la espalda. Nestor palideció; despues volviéndose á la Gattinara que habia representado á las mil maravillas su papel.

He aquí nuestros esponsales, mi bellal. Eres demasiado hechicera para no hacer por merecerte! Vuelve á colocarse á su lado. Aclamaciones entusiastas le acogieron. Entonaron en su honor un cántico de victoria y Roncari llevó al marqués que parecia mortalmente herido.

Lucciola consiguió ver con este motivo á Roncari. Le llama y este acude en cuanto dejó su carga en manos de los criados que habian acudido.

—No os admireis de verme en este sitio; mi destino me ha impelido á pesar de las injurias que me esperan en él. Roncari siempre que nos encontramos en los canales me tratais como enemiga á mí, desamarrada, pobre y débil; no os he hecho nunca mal; no pido mas que un lugar para mi góndola y un sitio al sol para secar mi frente humedecida un poco de indife-

riencia para dejarme vivir como Dios me lo ordena; y vos Roncari me habeis injuriado, me habeis señalado con el dedo, y hasta avergonzaos, me habeis amenazado con el remo. A pesar de estos ultrajes, no puedo olvidar que los dos somos hijos de Venecia y vengo á pedir os un favor.

—Escucha, respondió; confieso que mi conducta ha sido dura é injusta; pero tambien acuérdate Lucciola, de los dias en que el corazon puro todavia, me acercaba á tí, sin atreverme á manifestar cuanto te amaba. En este tiempo, por una sonrisa tuya, hubiera dado mi vida; con una esperanza que me hubieras dado, hubieras hecho de mí un hombre honrado. No ambicionaba otra ventura que un rincon contigo en una pobre calle, una barca en que mecerse con nuestros hijos, una vida sencilla en que hubiéramos amado, sufrido y orado juntos. Entonces en su desdeñoso orgullo la hija de los Dux humillaba al gondolero! Y ahora me acuerdo y me vengo. Pero es una cobardía vengarse de una mujer; y no me haré por mas tiempo culpable de ella. ¿Qué quieres? Si no es imposible la obtendrás.

Una entrevista con el jóven estrangero que os llevásteis esta noche.

Ah! con que este ha enternecido tu corazon de mármol? Pides mucho Lucciola.

—Pero pagaré replicó, con triste dignidad, con la única cosa que poseo, *la Gavia* es vuestra si puedo hablar al viajero.

—Cuánto le amas! *La Gavia* es tu vida! No importa, tu góndola es la mejor de Venecia; con ella no temeré á nadie en los regates. Acepto. Ya que nos hemos hablado puedes ir sin temor por los canales.

—Hay le respondió, mirando con sentimiento su barca, no me vereis en ella mas.

Roncari fué á buscar á Nestor.

—Una mujer pregunta por vos, le dijo.

—¡Una mujer! No hay para mí mas mu-

jer en Venecia que la Gattinara. Decid que mi tiempo está tomado.

—Señor, es Lucciola que os espera.

A este nombre, Nestor se levantó como herido por una conmoción eléctrica. Palió y se avergonzó dos veces; elevó sus ojos al cielo, que se veía por encima de la elevada ventana; y después de lanzar una mirada de indefinible desden sobre los convidados que la sorpresa había agrupado á la casualidad, partió como un relámpago.

Diab! decididamente soy un necio con mi generosidad; pero el milano no dejará á la paloma arrebatarle su presa.

Baja apresuradamente, corrió á una de las góndolas amarradas en el puerto, quitó un candado, y deslizándose por la sombra hasta *La Gavia* que estaba sujeta por una cadena que pasaba por un anillo de hierro fijó en ella el candado, y desapareció antes que Lucciola y Nestor pudieran verle.

Lucciola cojió la mano del jóven le condujo á la góndola le hizo sentar á su lado sin decirle una palabra. La aurora se anunciaba por una fresca brisa que rizaba la mar.

—Teneis frio? le dijo. Se estaba mejor allí arriba no es verdad?

—Oh! respondió con voz alterada y conmovido, perdón!

—No os haré ninguna reconveccion. Habéis olvidado en vuestra nueva felicidad la que os habia manifestado lo mas íntimo de su corazón. Mis lágrimas se han perdido en vuestra memoria como en el mar en que caian. Debía suceder así y yo lo habia previsto, pero es preciso que os hable y que os salve. Escuchadme. Y le contó todo lo que sabia de los gondoleros negros. Elocuente y bella; tomó su inspiración en el luto de Venecia y en la abyección de sus esclavos corrompidos. Le persuadió con tanta mas facilidad cuanto su razón estaba convencida de antemano.

Espantado del sombrío porvenir que le esperaba, volviendo á ella tanto como se habia alejado como un insensato, conmovido por el amor de la jóven que habia dejado traslucir á su pesar en sus temores, la respondió con desesperación.

—Qué hacer? Me tienen ligado por un lazo de sangre! Uno de esos miserables ha insultado mi honor (no se atrevia á decir mi querida): le he herido y mortalmente tal vez.

—Tranquillizaos, interrumpió con sarcástica sonrisa; este encuentro está previsto en sus estatutos. Os hubieran encadenado por el temor de una denuncia. Pero todo es una infame farsa. Tienen un actor para este papel. El que habeis muerto lo ha sido ya diez veces, y resucitará en cuanto su ligera herida se cicatrice.

—Entonces estoy libre, replicó alegremente Nestor, que se sentia libre de un peso inmenso, partamos. Vamos juntos en busca de horas mas felices! Que la aurora borre las lágrimas de esta noche! Lucciola, os bendigo como el ángel de la mañana cuyo acento divino espanta la horrible pesadilla. Seamos dichosos con nuestro amor, marcharemos.

—Amarnos! respondió ocultando su amargura. Antes no habia otro obstáculo que mi destino, y ahora vuestro olvido. Marchemos! Esta góndola no me pertenece ya.

—Que! *Tu Gavia*!

—Tenia que comprar el derecho de servaros. Nestor tiró un bolsillo en la ribera.

—Y os la devuelvo, exclamó.

Después como en un acceso febril, interrumpiendo cada una de sus frases, y estirando convulsivamente las manos de Lucciola decia:

(Se continuara.)

HORAS DE MILANCOLIA.

Con este título ha llegado á nuestras manos un libro de poesías por don *Antonio G del Canto, oficial de infantería*, de las que en su día nos ocuparemos, trasladando algunas á nuestro periódico, persuadidos como lo estamos que nuestros suscritores las han de leer con gusto, por lo bello de su ideal. También tenemos una poesía de la señora doña *Josefa Estevez y Ramos* que transcribimos á continuación en la seguridad de que agrada á todos nuestros suscritores.

A mi querido amigo D. A. Garcia del Canto en agradecimiento á la dedicatoria que ha tenido la bondad de hacerme de su leyenda titulada:

LA ISLA DEL AMOR.

En el mundo fatal por dó cruzamos
sin ventura, sin gloria ni alegría,
do solo existe misera falsía,
y el amor y amistad mentira son;
¡cuán dulce es poseer un tierno amigo!
cuyo labio nos diga cariñoso:

«Si has perdido la dicha y el reposo
consuelos te dará mi corazón.»

Si el piélagos azaroso de esta vida
cruzando vas cual débil navegante
que mira con temor á cada instante
su lijera barquilla zozobrar,
y busca en vano en el nublado cielo
una estrella divina, esplendorosa,
que calme la tormenta borrascosa
la paz volviendo al agitado mar.

Si crees que en el mundo todo muere
la ventura, el placer y los amores,
y que se hallan abrojos punzadores
do creímos hallar la hermosa flor:
si crees que el afecto y las sonrisas

con que te alhaga el mundo por do quiera,
son solo una mentira, una quimera,
en que se oculta el aspid del dolor.

¡Ven á mi! que si todo se concluye,
todo perece al fin ó se derrumba,
si el reposo feliz está en la tumba,
y el amor y amistad mentira son:
yo nunca mentiré; dulce y hermoso
cariño fraternal, puro, divino,
me separe ó me acerque á ti el destino,
para ti guardará mi corazón.»

Así tú, mi caro amigo,
algun día me dijiste,
y tu promesa cumpliste,
con tierna solicitud,
y has derramado en mi alma
el bálsamo del consuelo,
benéfico: cual del cielo,
el premio de la virtud.

Tu mitigaste mi pena
cuando la parca traidora
de mi hermana encantadora,
de aquella flor virginal,
cortando el erguido tallo
la arrancó de nuestros brazos.....
¡mi corazón á pedazos
desgarra el golpe fatal!

Yo que vivo solitaria
lejos del país que adoro,
y que por él triste lloro
vierte el alma sin cesar,
en la ribera del Tormes
sosegado y cristalino,
voy ¡infeliz! de continuo
tristes quejas á exhalar.

Mas nadie escucha el lamento
de mi pecho dolorido,
y mi angustia y mi gemido
no comprenden ¡ay de mí!
y los ruseñores cantan
y alegre murmura el río,
nadie dice el dolor mio,
¡me compadezco de ti!

Mas ¡ay! una voz escucho
de mágica melodía
que cual celeste armonía
ha calmado mi dolor;
veo un querub del emíreo
descender sobre una nube
y me dice aquel querube:
«Ved la isla del Amor.»

Leyenda, libro precioso
modelo de poesía
do el poeta escribió un día
su mas bella inspiración;
foco de ideas sublimes,
al alma que le comprende
de entusiasmo el pecho enciende,
y conmueve el corazón.

Encantadora leyenda,
en cuya dedicatoria
veo una tierna memoria
que me guarda tu amistad.
¿Como acusar podré al cielo
de ser injusto conmigo,
cuando poseo un amigo
en mi triste soledad?

¿Un amigo! fiel consuelo
de nuestra melancolía,
goza con nuestra alegría,
sufre con nuestro dolor;
tesoro mas apreciado,
que las riquezas de oriente,
flor que perfuma el ambiente
con su delicioso olor.

¿A quién de amor no palpitara el pecho
al ver los rojos labios de aleli,
cuando exhalan la angustia y el despecho
que consume a la hermosa Nurami?

¿Quien al verla cruzar tierna avecilla
el bosque por hallar á Ali-mudin,
y lágrimas surcar por su mejilla
creyendo que en el mar halló su fin?

¿Quién al ver sus divinos negros ojos
que entristece el pesar de su honda herida,
no diera por calmar tantos enojos
gloria, ventura, juventud y vida?

¿Y quién al ver de Ab-derraman el fuerte
la noble viuda de entusiasmo henchida,
el grito dar de la victoria ó muerte
y antes que esclava despreciar la vida?

¿Y Ali-Mudin intrépido arrojando
muerte segura con serena frente
de heroísmo y valor ejemplo dando
á la morisma y española gente,
no siente arder del entusiasmo bélico
dentro del corazón la viva llama,
y ofrecer no desea laurel célico
al que «Victoria ó muerte» solo esclama?

¿Y quién contempla con serenos ojos
á Nurami infelice delirante
lirio nacido entre horribidos abrojos
estrella que brillara un solo instante
cual tórtola amorosa que prefiere
morir, si la arrebatan al que adora
y sin su dulce arrullo al punto muere
¿quién la contempla y de pesar no llora?

¿Oh! si la tumba hallára de la hermosa
alli fuera á llorar el alma mia
y sobre el mármol frio de su losa
una lágrima ardiente verteria!

¿Gloria y loor al que tan bella idea
supo espresar divino y elocuente
y su nombre inmortal por siempre sea
y laurel cina su modesta frente
y la fama cruzando el mar profundo
su nombre lleve hasta el opuesto mundo?

JOSEFA ESTEVEZ Y RAMOS.

A LOS SUSCRITORES.

El autor de los hijos de HERMAN, leyenda española del siglo XI, con fecha 1.º del actual, nos escribe diciendo, que sus ocupaciones no le permiten continuarla por ahora.

Prevenidos ya con semejante ocurrencia, procuraremos que no se repitan faltas tan desagradables para todos.

En cambio haremos un esfuerzo por complacer á nuestros suscritores, dándoles en lugar de la leyenda del Sr. Plaza, una obra no traducida aun del conocido novelista Próspero Merimee.

Imprenta de Felipa Martín, á cargo de Juan Paredes, calle de S. Millán, 4.º